



PROPÓSITO DE ENMIENDA

FRANCISCO Y LA ESPERANZA

MARCELO SÁNCHEZ-ORO SÁNCHEZ

La esperanza es un sentimiento fundamental que nos impulsa hacia adelante, incluso en los momentos más difíciles; no necesita justificaciones lógicas ni evidencias que la respalden



ILUSTRACIÓN: JOSÉ IBARROLA

Cuando hace un mes, el cinco de diciembre, comenzó el funeral por Francisco Cobos Serrano (Isco), a las doce de la mañana, en la parroquia de Santa María de la Esperanza de Plasencia, ya no cogía ni un alma y muchas personas tuvieron que asistir a la ceremonia desde la calle. La celebración fue un acto sencillo, como él hubiera querido. Lo cual no fue óbice para que, dado el carisma y la ascendencia social y religiosa de Francisco, el funeral fuese concelebrado por los obispos Ciriaco Benavente y Jesús Brotóns, junto a seis sacerdotes. Quizás excesivo para lo que él hubiera deseado, pero una necesaria expresión de reconocimiento y agradecimiento hacia una persona excepcional.

Francisco Cobos era mi amigo. Muchos han conocido su entrega y su compromiso a lo largo de las últimas décadas, pero yo lo traté mucho antes, y la fraternidad que nos unió marcó nuestras vidas de forma indeleble. Desde el primer día se mostró entregado a todas las causas nobles y a todas las personas necesitadas, siempre implicado en organizaciones eclesiales y de defensa de los derechos humanos. Tuve la suerte de conocerlo a comienzos de los años ochenta, en Jaraíz de la Vera, nuestro pueblo, donde empezó una amistad que nunca dejó de crecer.

En aquellos años, en los que todo pasaba demasiado despacio, desde la fe compartida en Jesús de Nazaret hacíamos una lectura creyente de la realidad, y nuestra militancia cristiana nos encaminaba a luchar contra el militarismo, por la objeción de conciencia y la no violencia. Después en Valladolid, donde vivimos y estudiamos juntos, también con el mismo empeño y la misma preocupación, pasamos años de compromiso y de implicación. Francisco, Isco, siempre se mantuvo fiel a sus ideales, a la fe en Cristo, a la Iglesia y a su comunidad de creyentes. Fueron su motor para hacer realidad el Reino de Dios entre los más pobres, sencillos, y vulnerables.

He dejado pasar el tiempo necesario desde que nos dejó para poder escribir

este artículo. Es conveniente sumar una voz más para que se sepa que ha habido y hay referentes éticos y morales entre nosotros, que pueden cambiar a las personas, a las estructuras, ayudar a transformar la sociedad hacia la justicia, la equidad y el bien. Su legado, una vida de entrega y santidad, puede lograr que las causas por las que luchó sigan sumando personas comprometidas y militantes, que

las impulsen incluso cuando la desesperanza parezca adueñarse de todo y de todos.

Creo que esperanza es la palabra que mejor define toda la vida de Francisco. En las dos acepciones que quiero comentar. Desde el catolicismo, la esperanza es la respuesta del hombre y de la mujer a la promesa divina de salvación, que enlaza el pasado con el futuro. Es como la fe multiplicada por el tiempo: apertura a lo nue-

vo. Por la esperanza, colaboramos de forma activa, esperanzados; mientras que la desesperanza y su variante la resignación, paraliza a las personas. Jesús de Nazaret no predicó la esperanza en abstracto, sino vinculada a la construcción de una nueva sociedad, el Reino de Dios. Desde esta concepción, la praxis militante conduce al compromiso y da sentido tanto a la vida y como a la muerte (NBE. Vocabulario AT-NT, pgs. 1940 y 1963).

La lectura sociológica de la esperanza no contradice la anterior. Podemos leerlo en el último libro de Eva Illouz (2025), la 'Modernidad explosiva'. La esperanza es un sentimiento fundamental que nos impulsa hacia adelante, incluso en los momentos más difíciles. A diferencia de otras emociones, no necesita justificaciones lógicas ni evidencias que la respalden. La esperanza es una especie de melodía interior, sin palabras. Pero, sobre todo, es una emoción que exige acción. La esperanza es la que moviliza a los pobres, a la clase trabajadora, a las mujeres silenciadas, a las naciones oprimidas... La esperanza es prospectiva, implica planificación y construcción activa del futuro.

Pero, tal y como estoy seguro de que lo vivió Francisco, la esperanza no es solo una emoción individual, sino también una fuerza organizativa que ayuda a moldear y transformar las condiciones que conforman el contexto de la acción humana. La esperanza orienta el pensamiento hacia el futuro y fomenta la confianza y la seguridad en uno mismo; y eso, a su vez, permite a las personas creer en el éxito de sus causas, como una auténtica profecía autocumplida. Al pasar del nivel individual al colectivo, la esperanza se convierte en un recurso clave para la

acción política. Eleva las expectativas de la gente y despierta un deseo de cambio y de movilización. Por eso el cristianismo ha sido, históricamente, la esperanza de los pobres y de los desheredados. Desde esta perspectiva, la fe y la esperanza cristianas implican una opción radical por los últimos. Una opción de clase.

Ahora que Francisco ya no está entre nosotros, él mismo es nuestra esperanza.

PUNTO DE MIRA
AGAPITO GÓMEZ VILLA

Te estaba esperando



En verdad, en verdad les digo que cuando esta mañana, viernes 2, me he puesto ante el teclado, no tenía ni barruntos sobre qué tema escribir, siempre bajo la premisa, claro es, de no aburrir al personal, que un escrito aburrido lo escribe cualquiera. («No os aburráis nunca», le decía a sus nietos la abuela francesa de don Ramón Carande, de donde el

gran historiador deducía que su abuela era muy inteligente: por decir eso). En fin, que anduve dudando entre la tristísima noticia de la muerte a los 35 años de una nieta de J. F. Kennedy. La 'maldición de los Kennedy', le llaman: repleta de muertes, asesinatos y accidentes. Pero la descarté porque pensé que dos terceras partes de la población, como mínimo, desconocen quién fuera el tal Kennedy.

Después manejé la opción del juramento del cargo a cargo del nuevo alcalde de Nueva York: ¡ante El Corán! No iba a jurar ante La Biblia, llamándose Zhoran Mandani. La noticia no deja de ser sorprendente, por excepcional, acostumbrados que estamos, de siglos, a ver jurar ante La Biblia. Seguro estoy de que, más de un islamista se habrá sentido 'molesto' al ver a un mandatario jurar ante el libro de los judíos. Eso sucede por mezclar las chu-

rras con las merinas, la religión con el Estado, como si no hubiese existido la Revolución Francesa, aquel inacabable baño de sangre, ay; bonitos son los franceses, para que luego digan de los españoles, los historiadores cretinoides.

En España, el juramento de alcalde se hace ante la Constitución, como está mandado, que ya no es obligatorio hacerlo ante La Biblia y el Crucifijo, lo cual me parece un gran avance en el respeto a todas las creencias, incluso a los que somos epígonos de Stephen Hawking, que también 'somos' hijos de Dios. Abro paréntesis. Yo, de haber sido elegido alcalde, habría exigido la presencia de un libro: 'El Quijote'. Ni Biblias, ni Coranes, ni Bhagavad Gita, ni gaitas. Cierro paréntesis.

Y por fin, cuando ya lo daba todo por perdido, encontré en un periódico el tema definitivo, determinante, icónico (lo de

icónico no pega, pero lo he puesto para estar a la moda: el moderno periodismo lo dice a todas horas). Ya lo tengo, me dije. Me refiero a lo de Simeone, perdón, Diego Pablo Simeone: no quiero que me echen del periódico, tal que sucede a todo periodista deportivo que se olvida del Diego Pablo, o del Cholo. Simeone a secas se le llamaba cuando fue futbolista. No se asusten: «El Cholo Simeone se enamoró de su actual esposa al verla salir del cuarto de baño de un restaurante». Toma ya noticia impactante. «Te estaba esperando», le dijo nada más verla salir. Y se fueron a vivir juntos. Es que los hay con suerte. Con el trabajo que nos costó a los demás. La moza está de muy buen ver, dicho sea de paso.

En resumidas cuentas: ni Kennedys, ni Coranes, ni Biblias, ni Mahabharatas, ni leches. ¡Simeone in love! Perdón, perdón: Diego Pablo Simeone.